



replanteamiento de las ediciones dedicadas al niño que necesitan sobre todo, como cualquier otro producto comercial o industrial, adaptarse a unas demandas y a unas posibilidades de mercado.

Antes de seguir planteando otras precisiones, dejemos sentado que el papel educativo del libro infantil es irrefutable. Y lo es, tanto desde la trayectoria histórica de los diversos movimientos educativos, como desde la realidad apreciable cada día, cuando un niño tiene en sus manos ese objeto físico al que damos el nombre de *libro* y se adentra con la vista por sus páginas. Ahí comienza a actuar el poder mágico del libro. El poder de transformarse, por efecto del contacto activo con su lector, en algo más allá de sus componentes materiales, en la medida que permite el juego de sus posibilidades evocadoras, la riqueza de sus contenidos intelectuales, la capacidad de suscitar variadas impresiones cuando se abren sus páginas. Tales posibilidades del libro, y hay que enunciarlo así una vez más, aún no han sido mermadas ni son sustituibles por cualquier otro medio o material alternativo.

Sentado tal principio, recordemos también que los últimos veinte años, los transcurridos desde la reforma de 1970, han sido el marco de una nueva concepción de los materiales educativos. A la vez se renovaba entonces la posibilidad de la presencia en la escuela de otros libros no estrictamente escolares, que cuentan a su favor con la realidad de una mayor diversificación y variedad de las ofertas instructivas y formativas que tales publicaciones entrañan.

La realidad nos dice, sin embargo, que son muy diversos los problemas aún por solucionar para que el libro infantil no escolar tenga un lugar habitual entre los materiales cotidianos en el trabajo escolar. Algunos de tales problemas, incluso bien alejados de una fácil o inmediata solución, desde la perspectiva con la que planteo la presente ponencia. Diversos factores, que señalaremos más adelante, no permiten concebir sólidas esperanzas para un adecuado tratamiento del libro infantil en la escuela. Y a señalar tales problemas, y si fuese posible plantear algunas posibles soluciones, o por lo menos propiciar un cierto debate o reflexión en este encuentro, quiero dedicar esta ponencia.

Nada más necesario para el propósito así declarado que delimitar -más que definir- el concepto y la realidad aludidos con el término *libro infantil*. De la misma forma que sucede cuando hablamos de *literatura infantil*, el calificativo aquí empleado no hace referencia -no debe hacerlo- a aspectos limitadores de sus contenidos -todos pueden ser posibles si se acierta con el modo de presentarlos- ni deben condicionar en exceso sus formas o presentaciones materiales, más allá de lo que exija la facilidad de su acceso para su destinatario natural: el niño o el joven<sup>1</sup>.

De acuerdo con tal concepto del *libro infantil*, con ese término aludo a todas aquellas ediciones de carácter no escolar -*libro de texto*-, dedicadas al niño, interesándome aquí y ahora, sus posibilidades para un aprovechamiento educativo

siempre que puedan tener su justo lugar en la programación de una determinada aula o centro, o recurriendo a la terminología propia de la actual reforma, en el Diseño Curricular del Centro.

A partir de esa primera delimitación conceptual, los tipos básicos del *libro infantil* están determinados por las posibilidades educativas que ofrecen. Es decir, las *informativas*, las *recreativas* y las *literarias*. La bien clara oposición entre las informativas y las literarias contribuye a definir sus condiciones particulares, siempre que reservemos la primera denominación -las *informativas*- para aquellas publicaciones que enriquecen o complementan el tratamiento escolar de los contenidos propios de las áreas de conocimiento básicas. Son los libros, pues, a los que también se denomina como *obras de referencia*<sup>2</sup>, o *libro documental*<sup>3</sup>. Por otra parte, aunque pueda parecer obvio, quiero señalar que las posibilidades literarias básicas ofrecidas por el libro infantil corresponden -del mismo modo que sucede con las ediciones "adultas"- a los tres grandes géneros o modalidades expresivas clásicas: la poesía, el teatro y la narrativa. Y corro el riesgo de la obviedad por hacer frente a aquellas otras opiniones, basadas en una apreciable perspectiva bibliotecaria, que consideran al llamado *libro documental* como parte también de la literatura infantil y juvenil<sup>4</sup>. Sólo estaré de acuerdo con esa opinión cuando en la llamada literatura general se incluya a las obras documentales que puede manejar un adulto. La teoría de la literatura ha dejado bien claras las diferencias entre obras literarias -cuya esencia no es otra que "el uso especial que se hace del lenguaje en literatura"- y obras no literarias, por lo que no creo necesarias más precisiones al respecto<sup>5</sup>.

La tercera de las modalidades que, desde mi perspectiva, ofrece el libro infantil corresponde a los *libros recreativos*, es decir, aquellas publicaciones que participan de algunas de las cualidades de las otras dos categorías. Es decir, pueden tener componentes literarios, pero su intención o fin último es aportar una determinada o precisa información, una instrucción o un mero divertimento ajeno a las categorías estéticas de la literatura. Si las dos primeras categorías -*informativos* y *literarios*- parecen bien aceptadas por las propias convenciones bibliotecarias, más ambigua resulta esa tercera de la condición *recreativa* en el libro infantil. Es natural, pues no deja de ser a su vez una especificación convencional en unas denominaciones o en la caracterización de unas funciones.

De ahí que, con un deseado valor clarificador, proponga como ejemplos de estas últimas, una variada gama que iría desde las narraciones biográficas -las biografías como peculiar modalidad que participa de la literatura y de la objetividad histórica-, a las obras dedicadas a la dramatización de unos textos literarios, donde además de los textos literarios se añaden indicaciones relativas a la puesta en escena necesaria o bien se formulan propuestas para una auténtica dramatización como proceso creador completo y colectivo de una representación teatral. También pueden ser incluidos en esa categoría, entre otras posibilidades, una especie particular de libros

infantiles que, en su momento, hace unos seis o siete años, conocieron un cierto auge "coyuntural" en nuestro mercado, pero que hoy cuentan con una presencia más mermada entre las publicaciones actuales. Me refiero al *libro-juego*, que proponía a sus lectores diversas actividades lúdicas o recreativas, desde accionar determinados elementos en las páginas de los libros hasta aquellos otros que proponían a sus lectores el "crear su propia aventura".

Ese apunte caracterizador, tan modesto como necesitado de un desarrollo que pueda aportar más precisiones conceptuales, revela la riqueza de posibilidades educativas entrañadas por los libros infantiles, como variado y eficaz complemento de los *libros de texto*, de esos que denominamos *libros escolares*. El libro infantil así entendido cuenta además con mayor libertad creadora, al no estar sujeto a las pautas más o menos rígidas marcadas por los programas o diseños curriculares. Y de ahí también su evidente atractivo para los naturales destinatarios, pues no tienen -no deben tenerlo nunca- el carácter de lo rutinario, de lo impuesto por el necesario trabajo cotidiano. Sus condiciones y características -a diferencia de los libros de texto- apenas han sido regulados u orientados en la legislación educativa, si bien el maestro ha estado y está obligado a utilizar obras aprobadas como de texto. Sólo en aquellas épocas de mayor control sobre las publicaciones, esos libros infantiles habían de ser examinados por los mismos mecanismos de revisión y aprobación que se encargaban de la aprobación de los textos escolares.

Dejemos aparte, de momento, los aspectos más relevantes en el que podemos llamar "devenir" histórico del libro "literario", para resaltar ahora una evidente variedad en la oferta de los libros informativos y los libros recreativos. Tan apreciable riqueza actual es, desde mi punto de vista, el resultado de una búsqueda de los editores para encontrar nuevos productos que atiendan aspectos complementarios a los abordados por los libros escolares y el libro literario. Son consecuencia, pues, de un indudable desarrollo editorial que puede contar con un mercado capaz de absorber esa particular oferta de publicaciones, gracias a una demanda generada por unas nuevas necesidades de conocimiento y de información, por un notable desarrollo de la escuela y por la propia evolución de la sociedad.

Pero, ¿cuáles son las posibilidades reales para el empleo de esas obras en la escuela? Es pregunta que trataré de responder más adelante, pues en ella está encerrada buena parte del futuro y el carácter propio de esos libros infantiles, en un país donde no es muy alto -más bien lo contrario-, el número de librerías y de bibliotecas públicas con una oferta adecuada.

En cuanto a esa otra realidad editorial a la que aludo con la convención de *libros literarios*, su evolución es el fiel reflejo del desarrollo particular de la literatura infantil. Tal paralelismo se hace evidente a la hora de historiar ese particular género literario. Para describir los momentos más representativos y, dentro de ellos, los

aportes más significativos, disponemos como elementos básicos, casi prioritarios, de libros infantiles. De ahí que el ocuparse de la evolución de la literatura infantil -e incluso de la parte esencial de la literatura folklórica de transmisión oral- requiera, en buena parte, reconstruir y analizar la evolución de aquellos editores y editoriales que se ocuparon en su momento de dedicar sus publicaciones al público infantil y juvenil.

Dicho de otro modo, describir la historia de nuestra literatura anterior a 1936, es hablar la labor editorial de Calleja y de Bastinos, de Sopena, de Hijos de Santiago Rodríguez y de Molino, de Aguilar y de C.I.A.P., de Juventud y de Rivadeneyra... En la postguerra -sin olvidar que hubo pocos libros infantiles en los años de la guerra, pero los hubo, y gracias a peculiares iniciativas editoriales-, es hablar de Boris Bureba, junto a las publicaciones periódicas alentadas por la Delegación Nacional del Frente de Juventudes, y aquéllas otras animadas desde iniciativas privadas como las revistas *Chicos* y *Mischicas*, que darían lugar después a ediciones Gilsa. O contar la recuperación de la labor editorial de Manuel Aguilar y de Juventud, a la vez que otras pequeñas empresas trataban de superar el pobre panorama de aquellos difíciles años.

Y si se habla del positivo desarrollo de la literatura infantil en los años finales de los cincuenta y los sesenta no podemos olvidar el aporte representado por la labor de editorial Doncel o de Lumen, o en la literatura escrita en catalán, de Ediciones La Galera. En los años finales de los sesenta, coincidiendo con la preparación de la Ley General de Educación, iniciaban sus ediciones infantiles aquellas empresas que después consolidarían auténticos imperios en las ediciones del libro de texto: Anaya y Santillana.

Tan señalada interdependencia del libro infantil y de la literatura dedicada o accesible al niño se ha reforzado aún más si cabe en las últimas dos décadas, a la vez que se añadía una bien clara vinculación con la creación y producción del libro de texto. Algunas de las editoriales más significadas en el mercado escolar -Miñón, Escuela Española, S.M., Edelvives, Bruño...- se han lanzado con diversa fortuna a explorar las posibilidades del libro infantil.

El proceso inverso también ha conocido iniciativas importantes -de las que huyendo de intenciones exhaustivas, podría recordar algunos intentos de Espasa-Calpe para adaptarse a los Programas Renovados de 1981-, aunque una apreciación superficial permite considerar mucho más difícil, o más abierta al fracaso, esa transición editorial del libro infantil al libro de texto. Este último tiene un mercado más cerrado o limitado, con un gran volumen de negocio que permite asentar las actividades diversificadas de importantes grupos de empresas consolidadas no sólo en el mundo editorial sino en el más general de los medios de comunicación.

Es, como espero haber apuntado, una historia apasionante, cuya reconstrucción y descripción nos hace apreciar algunos de los factores más influyentes en la evolución general de esas creaciones a las que denominamos literatura infantil.

En cuanto a la dedicación editorial al libro infantil no literario, ha guardado asimismo notoria relación con los conceptos educativos vigentes en cada época. Otros investigadores han señalado ya, que “la historia del libro de texto está por escribir” y que encierra “gran interés para la comprensión de la intrahistoria de la escuela”, al ser valiosas “fuentes para la construcción de la historia de la educación”<sup>6</sup>. De la misma forma, quiero señalar que los libros infantiles no literarios - informativos y recreativos - son valiosísimos informantes acerca tanto de los conceptos educativos, como de la imagen social del niño en un determinado momento histórico. Para poner de manifiesto esa notoria relación de la labor editorial dedicada al libro infantil “no literario” con los conceptos educativos vigentes en cada época, voy a comentar algunos ejemplos significativos desde una perspectiva histórica, sin pretender remontar su repaso a los orígenes de tales publicaciones, lo que estaría fuera de lugar en esta ponencia. En la segunda mitad del siglo XIX alloraron determinados *libros de lectura* para niños y para niñas, que conocieron una larguísima pervivencia en cuanto a ediciones y que sin ser *libros de texto* puros, en el sentido que hoy entendemos, tampoco entraban en la categoría plena de lo literario. Por otra parte, fueron obras aprobadas por distintas autoridades educativas y eclesiásticas para su uso en las escuelas españolas. Muchas de ellas, secuelas directas del *Juanito*, de Parravicini, aparecidas por el deseo de sus editores de ofrecer un libro que reuniera también para las niñas tan provechosas condiciones como reúne aquella obra para la buena educación y enseñanza de los niños.

Así justificaba Faustino Paluzie sus intenciones como editor de *Flora o la educación de una niña*, creación de Pilar Pascual de Sanjuán, profesora de primera enseñanza superior y prolífica escritora entre los creadores que en la segunda mitad del XIX demostraron constante voluntad para dedicar sus obras a los niños. La obra fue aprobada para texto por una Real Orden de 12 de mayo de 1888 y en 1913 aún seguían apareciendo sus ediciones, ahora publicada por los Hijos de Paluzie. No me resisto a reproducir otro fragmento de la explicación de su primer editor, por considerarlo revelador del papel que se otorgaba entonces a este tipo de libros infantiles en nuestras escuelas:

Fíjense bien las señoras Maestras en el presente libro, y en él verán que su autora sigue un buen método en todo su plan y desarrollo, pues tomando a FLORA desde la más tierna infancia, no se separa ya de ella hasta dejarla casada y en perfecta disposición de ser tan buena esposa y madre como ha sido excelente hija; por consiguiente, creo que esta obra, de suma utilidad para las niñas, merecerá la aprobación unánime de las señoras Maestras, y que en la aceptación y aprecio de este

libro de lectura hallaré la recompensa de los buenos deseos que me animan y de los afanes que empleo en pro de la mejor enseñanza popular de mi querida patria.

Tales afanes educativos en un editor llegaron a su mejor exponente con la figura de Saturnino Calleja. Editor de uno de los más importantes fondos de libros infantiles, sus primeras ediciones fueron obras escolares. Creada la editorial en 1876, los famosos “Cuentos de Calleja” no aparecieron hasta casi diez años más tarde. Entre los libros de enseñanza publicados por Saturnino Calleja, muchos de ellos con notorios enfoques renovadores para los años de la transición de siglo, figuró *El tesoro de las escuelas*, otra de esas secuelas del *Juanito* parraviciano que ejemplifica uno de los tipos históricos del libro infantil utilizado en determinados momentos por nuestros Maestros. Tal “obra que contiene una esmerada selección de la italiana *Juanito*, por Parravicini, y además un texto original español acerca de Historia Sagrada, Historia de España, conocimientos útiles e inventos modernos”, había sido examinada -como “todas las obras de instrucción y de recreo publicadas por Saturnino Calleja- por “respetabilísimo Tribunal, compuesto por siete teólogos, presidido por un *Ministro del Tribunal de la Rota*”, lo que llevaba a incluir la siguiente advertencia del editor:

Siendo las publicaciones de esta casa las únicas de España que han sufrido un examen tan riguroso y autorizado, y considerado que están limpias de todo error, deben ser preferidas por las personas amantes de la enseñanza que quieran huir de lecturas y doctrinas perniciosas.

Otra “Advertencia importante” del editor aclaraba las funciones previstas para el empleo de estas obras en las escuelas de entonces:

Al publicar la presente edición del *Tesoro de las escuelas* hemos contado con la conveniencia de descargar a la obra de varias materias que se estudian en asignaturas especiales y de dar cabida en ella a varias otras no comprendidas en los programas, y sobre las cuales es incuestionable la ventaja para los niños de tener algunas nociones. Con esa innovación y con la forma menos didáctica que se da a las mismas, ha adquirido desde luego el libro un carácter más general y, a nuestro entender, más ameno, a lo que también contribuye el mayor número de grabados con que se le ilustra.

En esa misma línea, a veces de difícil deslinde entre lecturas escolares y obras literarias, un momento significativo de los deseos de ofrecer eficaces complementos a la tarea de los maestros, correspondió a los años de la II República Española, marco de una serie de profundas reformas en todos los aspectos propios del sistema educativo: desde la construcción de edificios escolares hasta la creación de bibliotecas o la consideración social y profesional de los maestros.

Dentro del notable apoyo social en favor de la reforma de aquella escuela española, algunos escritores dedicaron sus creaciones literarias al desarrollo de una

moderna pedagogía. Recordaré el Concurso Nacional convocado a tal efecto por el Ministerio de Instrucción Pública en 1932 y donde fueron premiadas obras de lectura presentadas por Alejandro Casona (*Flor de leyendas*), Fernando J. de Larra y Josefina Bolinaga (*Amanecer*). En aquel mismo concurso recibía una destacada mención honorífica, con su correspondiente premio en metálico, *Hermanos monigotes*, de Antoniorrobles, quien insistiría en esa intención de complementar las tareas escolares con otros de sus libros posteriores, como *Mis diez compañeros* (1935), -aparecida en la colección titulada "El lenguaje en la Nueva Escuela", de Magisterio Español- y sobre todo, en sus años del exilio mexicano con la serie de sus *Rompetacones y cien cuentos más (relatos de 10 minutos para el colegio y la radio)*. En la obra antes citada, *Mis diez compañeros (Historias de un colegio pintoresco acompañadas de un juego de dados)*, Antoniorrobles incluía la siguiente dedicatoria:

*"Quiero dedicar estas estampas de colores, estos cachitos de domingo, que no pretenden ser sino mariposas que cruzan tímidas bajo el cielo de esa santa obra que es la Nueva Pedagogía, a los últimos diez años del Magisterio de España, años encendidos por el deseo de renovar la sensibilidad del niño; es decir: del español."*

La misma colección "El lenguaje en la Nueva Escuela", había incluido ya otro libro de Heliodoro Carpintero, *Eco y voz* (1934), aprobado por el Consejo Nacional de Cultura, y que declaraba así también su propósito:

*"Todo educador debe cuidar escrupulosamente de que los niños se enteren de lo que leen. Y de que adviertan la manera cómo está escrito lo que leen. Así iniciarán su gusto y su capacidad por todo lo literario."*

*Nadie tiene el deber de ser literato. Pero todos los niños tienen el derecho de que se les ponga en condiciones de expresarse por medio de la palabra, oral y escrita. Y la Escuela tiene ese indudable deber."*

Ya he señalado en otras ocasiones cómo durante la guerra civil el niño perdió aquella espléndida literatura que se le había ofrecido en los años anteriores a 1936<sup>7</sup>. El libro infantil se convirtió en aquel período trágico en un arma más al servicio de aquel virulento enfrentamiento ideológico. Apenas había espacio ni ocasión para publicaciones ajenas a aquella lucha y carentes pues de intenciones proselitistas. De ahí también que los primeros años de la postguerra, y desde la perspectiva propia del bando vencedor, el control sobre los contenidos y características de los libros infantiles mantuviese un inequívoco carácter combativo con rigurosas exigencias para exaltar los principios básicos en lo que se pretendía fuese una "Nueva España".

Al mismo tiempo, los educadores asumieron la tarea, a modo de casi apostolado, de proporcionar lecturas "convenientes" a los niños y a los escolares. Entre los numerosos ejemplos posibles de entonces, dentro de los libros situados en tan

incierta línea de lo recreativo y lo literario, recordemos la serie de *Mari-Sol*, creada por la inspectora de enseñanza primaria Josefina Álvarez de Cánovas, junto a los libros de los prolíficos Agustín Serrano de Haro, Adolfo Mafllo, Federico Trujillo, Antonio Onieva, etc... Eran años difíciles cuyas carencias se reflejaron asimismo en la pobreza de la presentación formal y de los contenidos educativos de aquellos libros infantiles, con pretensiones literarias en difícil convivencia con los propósitos instructivos.

De nuevo debo invocar la limitación de una ponencia para citar con gran subjetividad en la selección algunos de los ejemplos para mí más significativos de libros infantiles en las décadas posteriores al final de la postguerra. A la hora de encarar los años cincuenta y sesenta, me atrae en especial la colección "El globo de colores" de Aguilar, estructurada en diversas series identificadas con un respectivo color, según los adecuados niveles de sus lectores. Así, "El globo rojo", para niños de hasta siete años, ofrecía entre sus títulos *El pájaro de nieve* (1960) y *El pájaro Pito* (1964), de Carola Soler, con poemas y narraciones para los neolectores. "El globo azul", para los ocho a diez años, incluía *El bazar de todas las cosas*, reedición de la obra de Elena Fortún que trataba de orientar al niño para que se construyese sus propios juguetes, y *Títeres con cabeza* (1960), de Ángeles Gasset. "El globo verde" buscaba su adecuación a los intereses lectores de los once a trece años con una muy cuidada selección de leyendas firmadas por José García Nieto (*Leyendas de la dulce Francia*), Antonio Espina (*Dioses y héroes nórdicos*), de Rafael Morales (*Leyendas mejicanas*) y Luis Jiménez Martos (*Leyendas andaluzas*), entre otros, reservando el color amarillo para los muchachos de catorce a dieciséis con biografías, libros de conocimientos y de historia, junto a una completa serie de iniciación literaria.

Esa atención al libro infantil también era mostrada, entonces, entre otras editoriales, por las primeras publicaciones de Santillana. En su fondo, junto a la "Biblioteca juvenil La Forja", dedicada a obras literarias de buscado carácter formativo, se incluyó "La Enciclopedia de las aficiones", una de las más completas de aquellos años a la hora de iniciar a los jóvenes en "satisfacer con perfecta recreación el tiempo del ocio", y "La escalera mágica", colección de cuadernos para la realización de trabajos manuales en una búsqueda de la editorial por ofrecer un valioso material complementario para la renovación del trabajo de la escuela.

A modo casi de muy subjetivos estandartes en los años setenta, quiero citar algunos ejemplos de unos libros infantiles que reflejaron en buena medida unas nuevas orientaciones editoriales derivadas sin duda de la reforma educativa de 1970. Con su "Primera Biblioteca", Ediciones Altea inauguraba una línea peculiar del libro infantil de carácter informativo y recreativo, donde ofrecería en los años siguientes magníficas colecciones, nutridas en lo general por ideas y textos de Miguel Ángel Pacheco y José Luis García Sánchez, como la serie de "Los derechos

del niño”, donde colaboraron los más destacados ilustradores españoles: Asun Balzola, Carmen Solé, José Ramón Sánchez, Ulises Wensell y el propio Pacheco. El libro más recreativo era atendido por la serie de Camembert, de Ediciones Altea, mientras editorial Miñón aportaba a esa línea de las atractivas obras donde lo literario trataba de combinarse, de forma armónica, con lo instructivo y lo recreativo en la serie de “Los libros del Aprendiz de Brujo”, con texto de Lolo Rico de Alba e ilustraciones de José Ramón Sánchez.

Son muchas las interesantes aportaciones no citadas aquí. Espero que las razones de espacio y carácter de la ponencia sirven para disculpar tales ausencias, que -como siempre cuidó de indicar- no se deben a minusvaloración o ignorancia de sus valores.

Los últimos años se ha producido, como indiqué antes, un considerable aumento de los libros infantiles de carácter informativo o *documentales* y de los recreativos, que han reflejado la misma pujanza editorial apreciable en los libros de carácter literario. De ahí también que algunos de los problemas que condicionan su promoción y difusión sean comunes a las tres posibilidades que considero básicas en el libro infantil.

Por un lado, y del mismo modo que se viene denunciando a veces el notorio predominio de obras traducidas entre las ofertas editoriales de carácter literario, en los libros informativos y recreativos, hay muy escasa presencia de autores españoles. Es, sin duda, una muestra clara de las dificultades para afrontar la creación de este tipo de obras, que requieren no sólo la labor de un dominador del idioma, de un lenguaje claro, sencillo, asequible a los potenciales lectores y fiel a la objetividad científica, sino que a la vez sea el fruto de un gran especialista en el tema elegido, capaz de conocer y elaborar toda una información actualizada y saber presentarla al alcance de una amplia franja de edad en la que esa obra puede cumplir sus funciones de estimular y desarrollar un conocimiento específico.

Por todo ello, el problema esencial de estos libros es que sepan acomodar los imprescindibles rigor y actualización científica, con una presentación y exposición atractiva, capaz de mantener y avivar el interés de sus lectores, y, a la vez, desarrollar en ellos unos hábitos investigadores propios. Al mismo tiempo, razones de estricto carácter económico y editorial, hacen más rentable y asequible la coedición de tales obras, dada la complejidad técnica e su elaboración y producción.

Tanto de la indicada riqueza en la oferta de los libros informativos o documentales, disponible hoy en numerosas colecciones publicadas por las más representativas editoriales entre las dedicadas al libro infantil, como la correspondiente a los recreativos, algunas publicaciones especializadas suelen dar puntual y cumplida referencia. Ese mismo hecho me sugiere otras reflexiones sobre la particular problemática de la promoción y difusión de tales publicaciones. ¿Quién es el

destinatario potencial de esas colecciones? ¿Cómo puede acceder a ellas? ¿Cuáles son las posibilidades de la escuela para aprovechar esos particulares instrumentos educativos que son los libros infantiles?

Al examinar una sucinta descripción de las principales colecciones del libro documental en el mercado español<sup>8</sup>, me asalta esa duda que antes he expuesto acerca del destinatario potencial o real de esas publicaciones. ¿El niño en su ambiente familiar, con la mediación imprescindible de sus padres u otros adultos para la adquisición de ese libro y engrosar así la biblioteca de su hogar? ¿El niño, en su ambiente escolar, con la mediación entonces de la figura del profesor interesado en integrar tales libros en las actividades propias de las tareas educativas? ¿El niño como usuario de una biblioteca pública donde acude para ampliar los conocimientos y las informaciones requeridas para sus tareas escolares? Creo que esas tres posibilidades deben ser atendidas por los libros infantiles, en general, y sin excluirse entre sí dentro de las expectativas de una editorial cuando lanza una nueva publicación al mercado. Pero cada una de ellas plantea problemas específicos en su promoción y difusión, que orientan y condicionan el propio futuro del libro infantil.

La misma variedad de las colecciones infantiles requeriría una completa información para los padres y los familiares del niño al que se trata de ofrecer un determinado libro infantil. No voy a entrar en las notables carencias de esas informaciones al alcance de la familia y de la escuela, que nos llevaría incluso al desalentador panorama ofrecido hoy por las librerías especializadas en el libro infantil. Entran además en juego diversos factores sociales, económicos y culturales en el ámbito familiar que no considero necesario tratar aquí y ahora, pues incluso sería oportuno contar con las informaciones de las propias editoriales sobre las ventas de este tipo de publicaciones y su distribución en cada una de esas tres posibilidades antes enunciadas: el hogar, la escuela y la biblioteca pública.

Desde el título elegido, mi ponencia se ha decantado en especial por la problemática del libro infantil en la escuela. De su papel, de sus posibilidades y de su adecuada utilización en el marco general de las tareas educativas. Defiendo, pues, el papel complementario de esas publicaciones dirigidas al niño con relación al libro de texto, para el que pido además una mirada más objetiva, más libre de viejos tópicos que le atribuyen sin concesiones todos los males de la enseñanza arcaica. Es un peculiar maniqueísmo que niega con rotundidad al libro de texto la capacidad de provocar o sugerir el descubrimiento de unas nociones a sus lectores. Se llega incluso a afirmar que:

Uno de los mayores enemigos de este espíritu científico son los libros de texto, esos elaborados y anónimos manuales creados para la comodidad de los adultos presuntuosos, queriendo proporcionar todo lo que debe interesar al receptor, selectivos, limitados a la hora de presentar el mundo y pretendiendo dar un saber

disciplinado donde nada se deja al azar, donde incluso, se indican los fragmentos que deben ser aprendidos.<sup>9</sup>

No pretendo ahora reivindicar al libro de texto. A ese respecto ya he intervenido en los encuentros anteriores. Pero no quiero dejar de lado el reclamar la exigencia de renovar el libro de texto y de renovar aún más los tópicos o imágenes preconcebidas sobre él, desde aparentes actitudes progresistas. Los caminos actuales del libro de texto no pueden ignorar, en ningún momento, las posibilidades y la necesidad del activismo en sus usuarios, el animar el desarrollo personal, el poder orientar el acceso a la "más variada información de manera autónoma e independiente"<sup>10</sup>, como lo hace el libro documental. Hay que buscar, más que la negación radical del libro de texto, una aplicación de las aportaciones de otras realidades en los nuevos medios educativos. O dicho de otro modo, hacer posible que el libro de texto encuentre su eficaz complemento en el libro infantil o juvenil, e insistir otra vez en que este no debe plantearse como un mero sustituto del libro de texto.

Permítanme una licencia que amenice mi exposición. Ante la rica avalancha de libros infantiles, no nos dejemos llevar por los engañosos abalorios de la atractiva mercancía mostrada por hábiles conquistadores.

El libro infantil es un instrumento bien sugestivo y eficaz, pero creo que la escuela aún debe alcanzar unas irrenunciables exigencias para extraer de su utilización todos sus valores virtuales. En primer lugar, hay que resolver las cuestiones que sintetizo en las siguientes preguntas: ¿Quién selecciona el libro infantil? ¿De acuerdo con qué criterios? ¿Cuál debe ser su lugar y empleo en la escuela? Son cuestiones que han preocupado siempre a los educadores interesados en utilizar los libros infantiles en las tareas escolares, dada su libertad de creación y la ausencia de unas normas reguladores o de unas orientaciones oficiales para su empleo por parte del maestro<sup>11</sup>.

No creo que esa selección sea misión del maestro aislado en su aula. Tampoco considero que la Biblioteca de Aula, organizado por un profesor voluntarioso y convencido de sus valores, llegue a cumplir las funciones propias de la Biblioteca Escolar como Centro de Recursos del Centro. Por ello, y sin pretender una polémica sobre las bibliotecas de aula, ni negar el mérito indiscutible que tienen algunas iniciativas de las distintas administraciones educativas con el fin de su desarrollo y fomento, quiero reiterar la necesidad indeclinable de la auténtica Biblioteca Escolar, como un aula más del centro. Como una parte esencial de su estructura y organización. Desde la deseada normalización de sus actividades y funciones en la estructura educativa.

Esa deseada Biblioteca Escolar es, desde mi perspectiva, el lugar más adecuado para la selección y utilización del libro infantil. Como una competencia más entre las tareas propias del funcionamiento y organización de la Biblioteca Escolar, pues

-volviendo a la pregunta anterior- los criterios de selección de los libros infantiles habrían de estar contemplados por la misma configuración del Diseño Curricular del Centro.

Pero la realidad nos hace ver tal normalización cada vez más distante de ser alcanzada. Se promociona a la Biblioteca de Aula desde las propias editoriales, por razones en las que no considero pertinente entrar ahora. Puede ser que el fomento a la Biblioteca de Aula sea más fácil de conseguir, siempre que un maestro quiera ponerla en funcionamiento dentro de sus territorios más inmediatos, más de su control. La Biblioteca del Centro necesita contar con esa misma convicción por parte de todos los estamentos educativos, y, sobre todo, por parte del propio "claustro" de profesores. Y esa es una posibilidad mucho más lejana.

No resisto a indicar las limitaciones de todo tipo -desde el espacio a la variedad de fondos, pasando por la necesidad constante de actualización y enriquecimiento- son problemas inherentes a la condición de la Biblioteca de Aula. Seamos felices si estas funcionan y son efectivas, pero no nos dejemos engañar sin la auténtica Biblioteca Escolar, como fuente de descubrimiento, de trabajo autónomo y desarrollo personal.

Para finalizar mi intervención dentro de este Encuentro Internacional dedicado al Libro Escolar, vuelvo a insistir en mi convicción en el hecho de que la adecuada utilización del libro infantil en la escuela requiere la existencia de unas Bibliotecas Escolares, más que bien dotadas, bien contempladas en los organigramas de cada Centro, en las previsiones de las autoridades educativas a la hora de crear dotaciones de plazas y de materiales bibliográficos y no bibliográficos, necesarios para su correcto funcionamiento.

Esa realización requiere una auténtica política educativa, de planificación, de organización y de contar con un centro o unos centros coordinadores y orientadores, que se ocupen de toda la problemática específica que entraña la puesta en marcha efectiva y generalizada de las bibliotecas escolares. Creo que esa posibilidad ha sido desaprovechada a la hora de la planificación de la reforma educativa que se ha traducido en la actual reforma educativa.

Son apreciaciones personales que me gustaría resultasen ser con el paso del tiempo equivocadas o demasiado pesimistas. Con esa esperanza dejemos abierta la posibilidad de que algún día podamos contar con esa utilización normalizada del libro infantil en la escuela.

## NOTAS

<sup>1</sup> Siempre es obligado delimitar la realidad literaria abarcada bajo la denominación genérica de literatura infantil. La razón no es otra que el sentido real del calificativo utilizado. Si pastoril, policíaca, picaresca o bizantina, explicitan unas determinadas características temáticas y formales dentro de unos géneros literarios, el adjetivo infantil no hace referencia -no debe hacerlo- a aspectos limitadores de sus contenidos ni condiciona sus formas expresivas. Antes bien, se alude con esa denominación a algo aún más ambiguo que la propia esencia de lo literario: la intención de un creador o bien de unos adultos que realizan el papel de mediadores en ese proceso de comunicación, por hacer llegar a un destinatario específico -el niño- una determinada creación literaria. De ahí que las manifestaciones de la literatura infantil no deban apartarse del campo general de la literatura. Su diferencia o especialización reside, pues, en un factor extraliterario como es esa señalada voluntad de creación o mediación. En otros casos, p.e. los cuentos folclóricos, son los niños quienes se han apropiado de unas creaciones, que no fueron pensadas o destinadas para ellos, al apreciar de modo inconsciente una cierta proyección de sus problemas y sus tensiones anímicas, o bien al identificarse con la realidad o visión del mundo reflejadas en tales narraciones.

<sup>2</sup> Véase sobre los repertorios actuales de esas *obras de referencia* en el mercado actual los "dossiers" publicados en los últimos números de la revista *Educación y Biblioteca*, aparecidos a lo largo del presente año de 1992.

<sup>3</sup> Véase los artículos dedicados al *libro documental* en los números 27 y 29, Mayo y Septiembre de 1992, de la revista *Educación y Biblioteca*. También el interesante boletín publicado por el Seminario de Literatura Infantil-Juvenil del C.E.P. de Oviedo ha dedicado su número 56, de octubre de 1992, a una *Bibliografía básica para bibliotecas*, cuya riqueza de datos ofrecidos es presentada con una breve introducción donde se utiliza ese término, *libro documental, de conocimientos o consulta*, frente al *libro de creación*. En cuanto a este último, una precisión: parece reservarse así ese término -de creación- para las creaciones literarias, pasando quizá por alto que una obra informativa sobre la vida de los elefantes, valga como ejemplo, no deja de ser el resultado de un proceso de creación, aunque sea con una finalidad más utilitaria.

<sup>4</sup> "La obra documental ha formado parte siempre de la literatura infantil y juvenil": ESCARPIT, D. y M. VAGNÉ-LEBAS, "La aventura del mundo. La literatura de información científica y técnica. Los documentales", en *La littérature d'enfance et de jeunesse: Etat des lieux*. Paris: Hachette, 1988 (Reproducido y traducido en *Educación y Biblioteca*, 27, mayo 1992, pp. 21-26)

<sup>5</sup> Véase, p.e., Wellek, R. y Warren, A., *Teoría literaria*, Madrid, Gredos, 1962, pp. 24-34, con una interpretación tan clara como válida para diferenciar estas posibilidades en el libro infantil.

<sup>6</sup> ESCOLANO, Agustín, "El libro escolar en la Restauración", en AA.VV., *Historia ilustrada del libro español*, dir. H. Escolar, Madrid/Fundación G.S.R./Pirámide, (en prensa).

<sup>7</sup> GARCÍA PADRINO, J., (1990), "Narrativa infantil y propaganda ideológica (1936-1939)", en *Notas y estudios filológicos*, nº 5, U.N.E.D. Centro Asociado de Navarra, y *Literatura y libros para niños en la España contemporánea*, Madrid, Pirámide/Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, cap. VI.

<sup>8</sup> Véase GARRALÓN, Ana, "El mundo en sus manos. Algunas orientaciones para elegir libros documentales", y "El libro documental en el mercado español: colecciones", publicados en la revista *Educación y Biblioteca*, 29, septiembre 1992, pp. 43-54.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Véase, como ejemplo de esta preocupación en una época educativa bien distinta: MONTI, L.A., Francisca, *Selección de libros escolares de lectura*, Madrid: C.S.I.C./Instituto "San José de Calasanz", 1954.